

En defensa de la alegría

Pese a tantos castigos, el teólogo español José M. Castillo¹ es un gran optimista, como los cristianos de la primera hora. En su libro "Espiritualidad para insatisfechos", editado por Trotta (España), tacha de blasfema la idea de que a Dios le agrada el sufrimiento. «El único sufrimiento que Dios quiere es el que brota de la lucha contra el sufrimiento». La nota bibliográfica que ofrecemos fue publicada en Babelia (Madrid) el 30.06.07. Juan G. Bedoya es autor del libro "Los secretos de la Iglesia católica" (2001).

La irritación de la jerarquía católica contra los curas de Vallecas por ofrecer misas sin lujo a sus humildes feligreses –eucaristías como en la cena del fundador Jesús con sus pobres apóstoles–, recuerda la anécdota del cardenal al que Hans Küng propuso celebrar misa sentados los dos a la mesa del cuarto de estar de la casa del teólogo suizo. El cardenal, confuso, preguntó: «¿Así de sencillo?, ¿sencillamente así?». Küng: «Así de sencillo. ¿Tuvo acaso más Jesús?». Los jerarcas, acostumbrados a parafernalias y lujosas ceremonias, han perdido la perspectiva de los orígenes del fundador.

Contra esa jerarquía acomodaticia, cortesana, neoescolástica, que se limita a transmitir lo que desde arriba se considera conveniente, se alzan los teólogos: los teólogos libres, suele añadirse, como si cupiera una teología maniatada. Solía decirse en un lejano pasado que la teología era la emperatriz de las ciencias: no cabe ciencia sin búsqueda, sin riesgo.

José María Castillo (Puebla de Don Fadrique, 1929) es uno de esos teólogos, irreductible pese a haber transitado durante décadas por las más granadas tribunas: la imponente Gregoriana de Roma, por la que se hizo doctor y de la que ha sido profesor invitado; la Pontificia de Comillas, la UCA de San Salvador, y, sobre todo, la Facultad de Teología de Granada.

Si me detengo en la trayectoria de Castillo es para subrayar la heroica –dolorosa– decisión que acaba de tomar: abandona la Compañía de Jesús, deja de ser jesuita, dice basta. En 1971 publicó "¿Hacia dónde va el clero?", y desde entonces no ha dejado de crecer su prestigio internacional en paralelo con los castigos y las censuras de la policía de la fe vaticana. Castillo goza del triste privilegio de haber sido una de las primeras víctimas del inquisidor Ratzinger, hoy plétórico pontífice romano (el papa Benedicto XVI).

Pese a todo, los jesuitas resistieron y seguían cobijando a Castillo con generosidad y valentía, como hacen con José María Díez-Alegría, con Jon Sobrino y Juan Masiá, con tantos otros perseguidos. Este último libro de Castillo iba a publicarse en una editorial de la Compañía de Jesús, la Sal Terrae, de Santander, pero la Conferencia Episcopal Española mandó pararlo. Esta vez lo consiguió. La respuesta de Castillo fue darlo a la editorial Trotta. Era la ruptura.

Vamos a lo que importa, aunque sea en pocas palabras. "Espiritualidad para insatisfechos", es un libro revelador, hermoso, optimista, alegre.

Incluimos este breve comentario, para que tengamos alguna idea de las tensiones que se están produciendo en el marco de la Iglesia Católica, en especial desde el actual papa, Benedicto XVI, quien está presionando sobre los teólogos de mente abierta de los últimos tiempos en el catolicismo.

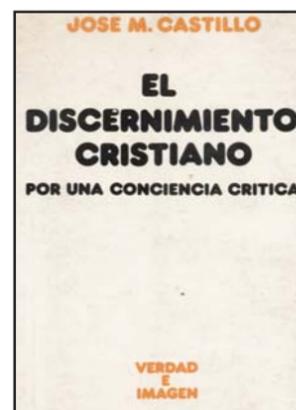
La dirección.

Ciencia teológica -logos sobre theos- en estado puro. Frente a la idea dominante en Roma, casi blasfema, de que Dios permite el sufrimiento – incluso presentando a un Dios que necesita sangre, que se agrada con el sufrimiento humano–, Castillo alza irrefutables textos evangélicos: la voz de la teología de la liberación. «El único sufrimiento que Dios quiere es el que brota de la lucha contra el sufrimiento». Por eso sufrió Jesús: porque se puso de parte de las víctimas, en contra de los abusadores de toda laya.

Agencia de Noticias Prensa Ecueménica

Nota al pie

¹ Autor, entre otros libros, de "El discernimiento cristiano" (Por una conciencia crítica), y «El seguimiento de Cristo», ambos de Editorial Sígueme.



viene de pág. -5-

hogares, sino también jóvenes que mientras trabajaban pudieran ellos mismos ser luz al pueblo toba para que pudieran ver la luz de Jesús en sus vidas.

Tenemos ya el propósito, el lugar donde vamos a ir, sabemos quienes van a participar y nos falta saber:

IV. ¿QUIÉNES LOS VAN A PREPARAR?

Este es el aspecto que a veces más descuidamos. He visto, con dolor, brigadas que ni saben lo que deben hacer y toman la brigada como un tiempo de vacaciones. Van a un lugar y en vez de ser de bendición son de tropiezo.

A. Todo el que va a participar de una brigada, debe saber que necesita ser preparado ya sea antes de salir o cuando llegue al lugar. Esto según se haya determinado.

Ilustración: Cuando recibí a las señoritas de Chile, se les avisó que yo las prepararía. En ese verano tenía simultáneamente dos seminaristas peruanos y uno argentino. Todos se alojaban en mi casa, que era a la vez lugar de reunión porque estaba plantando una iglesia. A las siete de la mañana llamaba a todos para que se levantaran. A las ocho teníamos un breve culto alrededor de la mesa, después desayunábamos, y por turno lavaban, secaban y guardaban todo lo que se había usado. Usábamos la mañana para la preparación de lo que se iba a hacer por la tarde. En la tarde hacíamos discipulados en los hogares, volvíamos a casa a tomar algo y salíamos para proyectar películas al aire libre, un día en cada cuadra. Uno de los jóvenes proyectaba, otro predicaba, otro repartía folletos, y las chicas en una mesa plegadiza que llevábamos armaban una pequeña librería.

Ilustración: En el caso de la brigada de ABA, durante tres meses todos los sábados nos reuníamos en un templo, y yo preparaba, a los jóvenes, que se habían inscripto, en como evangelizar y discipular. Tuvieron que aprender, como hacerlo con otros, cinco lecciones en el evangelio de Juan y ocho lecciones en el Nuevo Testamento. Durante estas ocho lecciones debían aprender de memoria los textos bíblicos que quienes tomaran las lecciones debían memorizar también. Teníamos más o menos una hora de clase cada sábado. Terminada esa hora ellos se dividían en dos grupos. Uno para aprender a trabajar con niños, el segundo grupo para aprender a trabajar con soja y hacer huertas que eran dos cosas que se iba a enseñar a las personas en la isla. Esto no solo ayudó a su preparación, sino que también ayudó a algunos que entendieron que era una responsabilidad muy grande, a abandonar y quedaron seis jóvenes.

Cuando llegamos a la isla se agregaron otros seis jóvenes de la Iglesia de Ituzaingó. Nosotros también lo habíamos pedido a fin de dejar hermanos que continuaran el trabajo. A esos seis jóvenes los fui preparando en los momentos en que los que fueron preparados trabajaban con los niños, estaban en las clases de soja o huerta, y en la hora de la siesta en que el otro grupo preparaba el trabajo manual de los niños.

También al levantarnos por las mañanas, teníamos un devocional, orábamos, y a las ocho de la mañana ya salíamos de dos en dos en dos a evangelizar y discipular. En diez días que estuvimos allí quedaron 45 personas que recibieron a Cristo; y que se estaban discipulando.

El último domingo antes de venimos, tuvimos un culto con todas las personas y de esas 45 a 13 que ya habían terminado el primer curso, les dimos su diploma y les regalamos un Nuevo Testamento. También tuvimos ese domingo un culto especial para los niños donde se les regaló golosinas que habíamos

llevado.

Con las brigadas que venían cuando yo estaba con los tobas con el deseo de aprender a evangelizar en forma integral, siempre los alojaba en casa con el objeto de ir preparándolos en la cultura del toba, para que nadie hiciera algo que luego se sintiera rechazado. En la mañana les hacía levantar temprano, hacíamos nuestro devocional y mientras desayunábamos les explicaba lo que íbamos a hacer ese día. Hacía referencia a como era su cultura, les enseñaba como actuar y dejaba que ellos me preguntaran. Soy una convencida que a través de las preguntas las personas aprenden mejor, porque preguntan lo que verdaderamente les interesa o lo que no han entendido.

Conclusión: A través de los años y de las distintas circunstancias vividas he aprendido que el creyente que ama a Dios, que tiene su tiempo de lectura de la Biblia y de oración todos los días; y que trata de depender y obedecer a Dios en todo, se adapta rápidamente a cualquier lugar y trabajo. Cuando una de esas cualidades falta, uno siempre tiene problemas. Por eso es necesario elegir bien quienes van a la brigada y algo muy importante, poner alguien que tenga autoridad por su modo de vida para que la dirija. Esto no lo había dicho aún porque en todos los casos mencionados ya teníamos quien iba a dirigir.

En una oportunidad una Iglesia nos pidió que le ayudáramos a plantar una iglesia. Fui con los alumnos de la Escuela de Misioneros. Habíamos dado ya todos los pasos que he mencionado. Nombré a una de las alumnas que era muy responsable, una creyente de oración, dependiente de Dios, obediente a su Palabra y trabajadora para que dirigiera el equipo. Estuvieron un mes; trabajaron muy bien y dejaron allí un grupo de creyentes discipulados que dieron inicio a la nueva Iglesia que quedaron a cargo de los hermanos que nos lo pidieron,